

Pulidor de estrellas

«¡Oh pulidor de estrellas!»

F. García Lorca

En «*Teoría y juego del duende*», Lorca ensaya toda una preceptiva individual de curiosidades y hallazgos, en torno a los móviles del sueño, la muerte y aquellos mecanismos espirituales, eso es, que dan vida y esplendor al hecho artístico. Tal es la envergadura un tanto surreal de su propósito.

Y es cierto, un cuadro o un poema jamás debieran ser tenidos por tales, si no revisten ese milagroso talento de lo individual, habitado por esa «rara» sensación que penetra todas sus fibras e inquieta el secreto mismo de lo creado. Ya sea, en esa nomenclatura, la del duende, la del ángel o la de la musa. De ahí que algunos sean capaces de apreciar ese sortilegio que reinventa un baile o una canción, como si se tratara más bien de una inefable alegoría que remonta al ejecutante a una segunda naturaleza de la expresión. En esa sensación íntima, pienso, en la que se entrelazan la fantasía y la videncia, la memoria y el estremecimiento, el dolor y la alegría, en esa combinación tan añeja como actual del que es un claro ejemplo el poeta del *Romancero Gitano*. Lo que en resumidas cuentas es un lirismo de viejas fuentes. Las mismas, quizá, que forjaron a Lope, a Garcilaso, a Quevedo, a Góngora... Porque una voz pertenece primero al sueño antes de darse a la pluma. Y España, es verdad, cifra ese misterio. La obra de sus principales artistas lo ha demostrado a lo largo de los tiempos: «lôdas las artes, y aun los países, tienen capacidad de duende, de ángel y de musa, y así como Alemania tiene, con excepciones, musa, y la Italia tiene permanentemente ángel, España está en todos los tiempos movida por el duende, como país de música y danza milenarias, donde el duende exprime limones de madrugada, y como país de muerte, como país abierto a la muerte». Así sintetiza, en parte, su discurso y teoría que no es ajeno al pensamiento mágico. Hoy se habla de García Lorca como de un poeta del alma popular. Y naturalmente esa expresión es ajustada, ya que su arte es un irresistible intercambio en los que no podía faltar, pues, el costumbrismo y la tradición, tanto como la referencia a las cosas cotidianas. Es decir, aquello que escapa un poco al rito del amor, a la fenomenología del paisaje o la escena patética de la muerte. Al fin y al cabo, la poesía no puede ser otra cosa que un nombra para ser, para cobrar de pronto una imagen de existencia en el cementerio de la obstinación y el hábito. Acaso, una repentina experiencia movida, según creo, por eso que Yeats llamó hermosamente: «una comunidad de estados de ánimo», para señalar a la verdadera poesía. Dando rienda suelta a un sentimiento evocador y al mismo tiempo crítico que se desplaza entre la realidad y la más escandalosa fantasía. En ese aspecto, Lorca tuvo a lo largo de toda su obra esa perturbadora rareza de combinar aquellos registros en el lenguaje, como si a diario reviviera esa melodía que oculta un río tal vez invisible para los ojos, pero indudablemente presente para el corazón. Un caudaloso río que mantiene despierto el diálogo con la noche. Mientras que su corriente no sólo pule las piedras y arrastra las raíces, sino que también pule voces y estrellas... ¿Qué otro designio más libre y certero que ése?

Temperamento incontenible, diría, que no guarda relación con la realidad existente. Con ese monumental retablo de aconteceres que darían paso a sus versos: la ronda infantil, la romería, la tauromaquia, la procesión, el cante jondo, en definitiva, ese grito herido que aparece y desaparece en un obsesivo juego tanático. En ese sentimiento se expresa. Consa-

grándose, quizá, a sus espectros más queridos en un caleidoscopio por instantes, de perfiles goyescos, que alguna vez llamó: «el triunfo popular de la muerte española». Y en ese sentido, pienso, hay un raro acercamiento hacia la *España Negra* del pintor José Gutiérrez Solana. Por lo menos a esa intención de reiventarlo el entorno. Y no sé por qué maravilla de la imaginación, presiento, esos vasos comunicantes, esa simbiosis particular que, tal vez por el mismo poder de captación de la muerte, adquiere en ambos artistas una suerte de encantamiento, que reúne desde ópticas distintas una atmósfera descriptiva y acaso onírica común. Ya que Solana también lleva en la sangre esa tradición goyesca; aunque no de un modo fatídico, sino más bien de recreación.

En algún momento de la conferencia, García Lorca dice: «Un muerto en España está más vivo como muerto que en ningún sitio del mundo: hierde su perfil como el filo de una navaja barbera. El chiste sobre la muerte y su contemplación silenciosa son familiares a los españoles. Desde *El sueño de las calaveras* de Quevedo, hasta el *Obispo podrido*, de Valdés Leal, y desde la Marbella del siglo XVII, muerta de parto en la mitad del camino...»

Como todo espíritu romántico el poeta padece de los duendes y los rubores adolescentes que son el exponente, es claro, más orgulloso de su gran sensibilidad. El duende hace experimentar a Federico García Lorca lo más hondo de la poesía misma, en un tornasolado encuentro con el paisaje interior. Es por eso que, ya sea por aquel dejo inefable o bien por su repentina nostalgia, el duende jamás se repite.

Y en ese mosaico cultural, no podía faltar la referencia al flamenco siempre tan presente en el poeta. En la tradición misma del espectáculo popular. Este es un aspecto en el que se funden universos propios de una región, Andalucía, y una infinita secuela de personajes y anécdotas en cuyo sentimiento repentino de la voz o la guitarra, suele inquietarse su imaginación. Acaso en una peregrinación interior tan fantástica que sólo puede improvisar la poesía y el duende. Y su concepción mágica del poema, a no dudarlo, consiste en eso. Quizá, en lo que alguna vez dio en llamar «limo de voces perdidas», estableciendo una síntesis acabada en la mencionada proyección. ¡Son tantas sus «cacerías nocturnas», para lograr tal transparencia! ¡Son tantos los crepúsculos en ese inventario de imágenes y metáforas que han cifrado para siempre su lenguaje! Porque así surge el duende: «Y los gitanos del agua/ levantan por distraerse,/ glorieta de caracolas/ y ramas de pino verde.» Y esa ha sido a perpetuidad su prístina virtud, su orfebrería alada (también como el duende) irrepetible.

Manuel Ruano